

Entre estos pobres albergados en su propia casa, acogió á cierto jovencillo huérfano de padre y madre, paralítico de nacimiento, y además enfermo de un flujo continuo de sangre. Esta infeliz criatura, abandonada y oprimida por tan terribles miserias, halló en su protectora mas que una madre, teniéndola noches enteras á la cabecera de su cama, recibiendo de sus manos los servicios mas repugnantes, y de su boca palabras del mas dulce y tierno consuelo. Cuando por fin murió, entró á ocupar el puesto vacante una jóven atacada y desfigurada por la lepra de tan espantosa manera, que nadie en el hospital se atrevia á acercarse á ella, ni aun á mirarla de lejos, tal era el horror que á todos inspiraba: mas Isabel, al contrario, tan pronto como la vió, se acercó á ella con veneración piadosa, cual si el Señor en persona se la hubiera presentado bajo aquel velo de dolores; y puesta de rodillas delante de la leprosa, sin hacer caso de la resistencia que ésta oponia á la Princesa, le quitó el calzado, lavó y curó las úlceras, le aplicó todos los medicamentos prescritos, le cortó las uñas de los piés y manos; y tan esmerados y tiernos cuidados prodigó á

aquel ser desventurado, que muy pronto la vieron aliviada y mejorada de su asquerosa dolencia. Trasladada á la casita de Isabel, ésta le hacia la cama, pasaba largas horas á su lado, y procuraba distraerla de su abatimiento jugueteando con ella, y dirigiéndole palabras de dulzura y de consuelo. En cuanto supo Conrado todas estas cosas, hizo sacar de allí la enferma, por temor de que contagiase á la caritativa Princesa; y aun llegó á imponer á ésta, por su exceso de celo, una penitencia tan severa, que mas tarde manifestó al Papa su arrepentimiento por haber procedido con tal dureza.

Mas Isabel, cuyo infatigable ardor por nada se dominaba, trajo á casa, en vez de la leprosa, á un jóven atacado de cierta enfermedad tan repugnante cási como la lepra; y cuidó de él y le trató con una destreza y experiencia, que solamente la caridad, ciencia suprema, podia haberle inspirado; y le tuvo consigo hasta que al fin falleció.

Pero siempre continuaban los leprosos siendo el objeto de su predileccion, y en cierto modo, de su envidia; porque de todas las miserias humanas esta era la que



mejor podia inspirar un cristiano desapego de la vida á los atacados por ella. Fr. Gerardo, provincial de los Franciscanos de Alemania, el confidente mas íntimo de sus pensamientos, exceptuando á Cónrado, vino cierto dia á visitarla; y como hubieran platicado muy á su sabor acerca de la santa pobreza, hácia el fin de la conversacion exclamó la Santa: «¡Ah, Padre mio, no «hay cosa de que yo mas me holgara y de «lo mas íntimo de mi alma, que de verme «tratada ni mas ni menos que como una le- «prosa ordinaria! Quisiera que me coloca- «ran, como se practica con estas infelices, «en una chocita de paja y heno, con un «trapo colgado á la puerta para advertir «á los transeuntes, y un cepo para reco- «ger las limosnas que quisieran dejar para «mí<sup>1</sup>.» Dicho lo cual, perdió el conocimiento y cayó en una especie de éxtasis, durante el cual el religioso, que la sostenia entre sus brazos, la oyó que cantaba himnos sagrados; hasta que de allí á poco volvió en su acuerdo.

<sup>1</sup> En chozas de esta clase era donde, segun vamos á ver, encerraban en medio de ciertas ceremonias religiosas á aquellos leprosos que eran declarados incurables.

Séame ahora permitido, á fin de dar una explicacion de este prodigioso dicho de nuestra Santa, el insertar aquí por modo de digresion algunas particularidades relativas al modo con que en los siglos católicos eran mirados la lepra y los leprosos<sup>1</sup>. En estos tiempos de fe universal, la Religion podia luchar de frente con todos los males de la sociedad, en la cual reinaba como soberana absoluta; y por tanto, á esta suprema miseria habia opuesto todos los lenitivos que la fe y la piedad saben engendrar en las almas cristianas. No siéndole posible anonadar los deplorables resultados materiales de este terrible mal, supo á lo menos destruir la reprobacion moral que podia recaer sobre las víctimas infelices, revistiendo á éstas de una especie de consagracion piadosa, y constituyéndolas como en representantes y pontífices de aquel peso de humanos dolores que Jesucristo vino á sufrir, y todos los hijos de la Iglesia deben aligerar en sus hermanos,

<sup>1</sup> Las he tomado en su mayor parte de la excelente obra de Mr. Clemente Brentano, titulada: *Hermanas de la Caridad*; libro que encierra multitud de preciosas noticias sobre la caridad católica en todas épocas.



como que es una de sus primeras y mas estrechas obligaciones. Tenia, pues, la lepra en estos tiempos cierto carácter sagrado á los ojos de la Iglesia y de los fieles: se la miraba como un don de Dios <sup>1</sup>, como una distincion especial, como una marca, digámoslo así, de la atencion divina. Segun refieren los anales de Normandía, cierto caballero de nobilísima alcurnia, uno de los valientes del tiempo de Guillermo el Conquistador, habiéndose hecho monje despues de haber sido guerrero, pidió á Dios humildemente la gracia especial de contraer una lepra incurable, que le sirviera para purgar sus pecados; que el caballero se llamaba Raoul Fitz-Giroie, y que su oracion fue oida por Dios. Tan pronto como la mano de este Dios siempre justo y misericordioso habia tocado á un cristiano, hiríéndole de aquella misteriosa manera inaccesible á la ciencia humana, todos miraban aquel mal con cierta veneracion y respeto.

<sup>1</sup> Es la expresion de que se sirven los actos públicos relativos á los leprosos hasta mediados del siglo XVI. En 1341 maese Enrique, organista de Coblenza, pide al consejo de la ciudad una plaza en el hospicio para un hijo suyo, á quien *Dios omnipotente ha hecho el presente de la lepra*. Brentano trae otros ejemplos.

La soledad, la reflexion, el retiro y el trato con Dios solo, se consideraban como una necesidad para el leproso; mas en este aislamiento le seguian el amor y las oraciones de sus hermanos. La Iglesia habia sabido atraer una solicitud tiernísima hácia estos infortunados vástagos de su seno <sup>1</sup>, conciliándola con las medidas exigidas por la salud pública para evitar la propagacion del contagio. Acaso no hay en toda su liturgia otra cosa mas tierna y solemne á la vez, que el ceremonial llamado *separatio leprosorum*, empleado para el acto de separar, cuando no habia hospital especial de leprosos, á los que contraian esta plaga, apartándolos de las viviendas de las demás gentes. Primero se celebraba en presencia del paciente una misa de difuntos; luego se bendecian todos los utensilios que habian de servirle en su retiro, y dándole una limosna cada uno de los presentes, el clero, con cruz procesional delante, lo conducia, se-

<sup>1</sup> El cartulario de la abadía de la Couture en Muns, trae una bula del papa Clemente III dirigida directamente en 1189 á sus amados hijos los leprosos de Sablé, *dilectis filiis leprosis de Sabolio*, concediéndoles un cementerio en Solesmes, á pesar de la oposicion del abad de la Couture, de cuya jurisdiccion era el priorato de Solesmes.



guido de los fieles, á una choza aislada que debía ser su habitacion en lo sucesivo: sobre el techo de la cabaña arrojaba el presbitero una palada de tierra bendita cogida en el cementerio, diciendo: *Sis mortuus mundo vivens iterum Deo!* «Muere al mundo y renace para Dios.» Á continuacion el sacerdote les dirigia una plática consoladora sobre las alegrías del paraíso que habian de ser el premio de su paciencia en la tierra, y sobre la comunión espiritual en que permanecian con la Iglesia, cuyas oraciones les serian dedicadas en aquella soledad de un modo mas especial que hasta entonces: en seguida plantaban una cruz de madera delante de la puerta de la choza, y colgaban de ella un cepo para recibir las limosnas de los pasajeros; hecho lo cual, se terminaba la ceremonia. Únicamente durante la Pascua podian los leprosos salir de sus escondrijos, en memoria de la resurrección de Cristo, y entrar por unos días en las ciudades y pueblos á fin de participar de la universal alegría de la cristiandad. Cuando el leproso moria en este aislamiento, se decia en sus funerales la misa de *Confesor no pontífice*.

Comprendiendo el pueblo fiel este pensa-

miento, y entrando en las miras de su madre la Iglesia, habia inventado para los leprosos los nombres mas dulces y llenos de consuelo, llamándoles *gentes buenas, amados pobres de Dios, enfermos de Dios*. Al ver á estos desventurados seres, recordaban plácidamente los cristianos que el mismo Jesucristo era designado por el Espíritu Santo en las Escrituras como leproso: *Et nos putavimus eum quasi leprosum*; que se hallaba hospedado en casa de un leproso cuando la Magdalena vino á ungirle los pies con el bálsamo oloroso; que habia escogido por símbolo del alma bienaventurada al leproso Lázaro; y que muchas veces se habia aparecido á sus Santos bajo la forma de leproso <sup>1</sup>. Como por otra parte las peregrinaciones á Tierra Santa habian contribuido á propagar mas y mas en Europa esta enfermedad, resultaba que la calidad santa de semejante origen realzaba el carácter sagrado que ya le atribuía la opinion general. En Jerusalem se habia fundado la Orden de caballeros de San Lázaro exclusiva-

<sup>1</sup> Véanse las hermosas leyendas de san Julian, del papa san Leon IX, y sobre todo la de Martyrius referida por san Gregorio el Grande en sus *Homilias*.



mente dedicada al cuidado de los leprosos, y tenia á un leproso por gran maestro <sup>1</sup>; y con el propio objeto se habia organizado otra Órden de señoras en el hospicio de San Juan el Limosnero en la misma ciudad. Cuando celebraba el santo sacrificio el obispo Hugo de Licoln, monje cartujo natural del Franco Condado, admitia á los leprosos al ósculo de la paz; y en una ocasion, como su canciller le trajera á la memoria que san Martin curaba á los leprosos abrazándose con ellos, le contestó en estos términos: «Sí; el beso de Martin curaba la carne de los leprosos; en cuanto á mí, el beso de los leprosos sirve para curarme el alma <sup>2</sup>.» Entre los reyes y grandes de la tierra no fue Isabel la única que honrase á Cristo en la persona de estos sucesores de Lázaro; otros ilustres y poderosos príncipes miraron tambien este deber como una de las prerogativas de su corona. Roberto, rey de Francia, visitaba de continuo sus hos-

<sup>1</sup> San Luis trasladó esta Órden á Francia, y mas adelante la incorporó á la del Monte Carmelo; en Saboya fue refundida en la de San Mauricio.

<sup>2</sup> Osculum Martini sanavit carnem leprosi; sed osculum leprosi sanat animam meam. (*Cron. Nicolai Trivetti*, pág. 179).

pitales; san Luis los trataba como amigos y hermanos, los visitaba en las cuatro Témporas, y les besaba las llagas <sup>1</sup>; Enrique III de Inglaterra hacia tambien lo mismo. Habiendo ido la condesa Sibila de Flandes con su marido Teodorico á Jerusalem en el año 1156, mientras el Conde se batia con los infieles, ella pasaba el tiempo en el hospicio de San Juan el Limosnero cuidando á los leprosos. Lavádoles un dia las úlceras, sintió, como santa Isabel, un nauseabundo disgusto producido por lo repugnante de aquella ocupacion; y á fin de vencerla y castigar su delicadeza, bebióse un buen

<sup>1</sup> Sabida es su conversacion con Joinville, cuando preguntó á éste si querria mas ser leproso que haber cometido un pecado mortal. Joinville respondió, que, no uno, sino treinta quisiera cometer, antes que versé en tal caso. Luego que quedaron solos, el santo Rey le reprendió por esta respuesta en estos términos: «Has hablado como un mentecato en eso que dijiste; pues has de saber que no hay lepra tan asquerosa y horrible como estar un hombre en pecado mortal, por cuanto hace al alma parecida al diablo, cosa la mas espantable y fea de cuantas cabe imaginar. Te suplico, cuan encarecidamente puedo, que por amor de Dios y de mí inclines de todas veras tu corazon á preferir toda clase de enfermedades y lacérias del cuerpo á la desdicha de tener tu alma en pecado mortal.» (*Joinville*).



trago de aquel lavatorio, diciéndose: «Es preciso, corazón mio, que aprendas á servir á Dios en sus pobres; este es tu deber, y has de cumplir mal de tu grado, y aun que hubieras de reventar por ello.» Cuando el Conde salió de Palestina, le pidió permiso de quedarse allí para pasar el resto de sus días cuidando los leprosos; y como la ayudase con sus ruegos en esta demanda su hermano Balduino III, rey de Jerusalem, el Conde resistió tenazmente á los ruegos de ambos, y no consintió, por fin, en separarse de Sibila, hasta que en recompensa de este sacrificio recibió del Rey su cuñado una preciosísima reliquia, que era una gota de sangre de Nuestro Señor, de la que recogió José de Arimathea al bajarle de la Cruz. Volvióse, pues, el Conde para su patria, solo y llevando consigo el sacro tesoro, que hizo depositar en su ciudad de Brujas: los piadosos flamencos supieron con veneración grande como su Conde había vendido su esposa á Cristo y á los pobres, y como les traía el precio de esta venta, que era la sangre de su Dios <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> En Brujas cerca de las casas consistoriales se ve hoy todavía la hermosa capilla llamada de la

Los Santos de la edad media son los que mas se han distinguido por su adhesión y afecto á los leprosos. Santa Catalina de Sena sufrió un ataque de lepra á las manos con motivo de cuidar á una leprosa á la cual quiso amortajar y enterrar por sí misma: pero habiendo perseverado, á pesar de esto, en su tarea caritativa, vió que las manos se le tornaban limpias, blancas y tersas como las de un parvulillo recién nacido, y que de los puntos mas afectados por la lepra salía una dulce y suave luz. San Francisco de Asis y su noble compañera santa Clara; santa Odila de Alsacia; santa Judith de Polonia; san Edmundo de Cantorbery, y mas adelante san Francisco Javier y santa Juana de Chantal, se deleitaban en tributar á los leprosos los servicios mas humildes. Muchas veces lograron estos Santos con sus oraciones la curación instantánea de los enfermos <sup>1</sup>.

*Santa Sangre*, construida para servir de santuario á esta reliquia.

<sup>1</sup> Una antiquísima tradición profundamente simbólica, fundada además en las santas Escrituras, hacia mirar la lepra como la imagen mas completa y adecuada del pecado, y por consiguiente imposible de curar sino por medio de la sangre inocente, como el pecado original tuvo que ser borrado y redimido



Isabel tenia ya su puesto en medio de tan gloriosa y noble compañía, por efecto de los admirables y arrebatados vuelos de su caridad hácia aquel Dios, á quien siempre veia en la persona de los pobres. Empero mientras llegaba el gustar con ellos de las imperecederas alegrías del cielo, nada encontraba sobre la tierra capaz de calmar la ardorosa compasion de su pecho, ni de curar el desfallecimiento y angustia de aquella alma enferma y devorada por los sufrimientos de sus hermanos.

no menos que por la sangre inocente del Hombre-Dios. Se encuentra esta tradicion en una multitud de leyendas y poesías de la edad media; y ella es la que sirve de base á uno de los poemas mas famosos de la época de santa Isabel, *El pobre Enrique*, por Hartmann von der Aue.

## CAPÍTULO XXV.

*Que la amada santa Isabel no quiso volver al reino de su padre, para entrar mas segura en el reino de los cielos.*

Regnum mundi et omnem ornatum  
saeculi contempsi propter amorem  
Domini mei Iesu Christi, quem vi-  
di, quem amavi, in quem credidi,  
quem dilexi.

(*Breviar. rom. Commun. Sanctar.  
fem.*).

In nidulo meo moriar.

(*Job, xxxix, 18.*)

Entre tanto, y por conducto de los peregrinos que iban á Aquisgran y otros santuarios sobre el Rhin, llegaron á oídos del Rey de Hungría, del rico y poderoso padre de esta pobre enfermera, las nuevas del estado de pobreza y abandono á que su hija se veia reducida. Al oír de boca de los piadosos romeros cuánto les habia chocado el saber que su Princesa vivia sin honores, sin corte, y en desnudez completa, el Rey quedó consternado y conmovido hasta derrear lágrimas; se quejó á sus consejeros de la injuria que se cometia con su hija, y